



Editorial

Yo no crucé la frontera, la frontera me cruzó
Los Tigres del Norte

La naturaleza establece sus propias fronteras: los cambios drásticos en la topografía, los ríos y mares, se constituyen como fronteras por la incapacidad de las especies de franquearlas; en cambio, ignora las humanas y las trasciende constantemente. Los ríos que se han establecido como fronteras políticas cambian su cauce a lo largo del año a pesar de la frustración de los seres humanos y sus esfuerzos infructuosos por enderezarlos. Los mamíferos, aves e insectos en sus migraciones cruzan las bardas y muros que intentan impedir el paso de las personas. Los insectos voladores y las plagas cruzan libres de Centroamérica a Norteamérica: a ellos no se les puede pedir visa para poder cruzar al otro lado. La naturaleza nos muestra el artificio. Cualquier frontera impuesta por el hombre sobre el territorio es arbitraria, viola el derecho al libre tránsito y es incómoda. Ninguna es definitiva.

Como humanos necesitamos fronteras y límites ante la realidad infinita a la que nos enfrentamos. Cada división que establecemos sobre esta realidad nos permite apropiarnos de unidades que podemos aprehender en un intento de comprenderla un poco más. Es por esta razón –natural y humana– que vivimos rodeados de fronteras, simbólicas y físicas. Son, hasta cierto punto, inevitables.

Como en el caso de las otras especies, el nomadismo y la migración son fenómenos que nos acompañan desde nuestro origen. En nuestra naturaleza existe la necesidad de explorar o transitar por el territorio para conocerlo y dominarlo. Una de las grandes aspiraciones humanas ha sido trascender las fronteras: del conocimiento, del idioma, de la información, de los estereotipos y finalmente del territorio. Las fronteras están ahí para invitarnos a superarlas.

Consciente o inconscientemente las fronteras se conceptualizan como una división entre el mundo civilizado y la barbarie; esconden el desprecio por el otro. Las desigualdades sociales, los conflictos políticos y la guerra obligan a millones de personas a migrar a otros territorios para

sobrevivir o mejorar sus condiciones de vida. Cuando los muros son infranqueables, estas migraciones ocurren por otras rutas, es un fenómeno que no se puede impedir pacíficamente y que intriga a muchas disciplinas: su complejidad lo vuelve un problema de difícil solución. Sin embargo, algunos urbanistas y arquitectos han imaginado ciudades nómadas desde los años setenta y recientemente hay un aumento en el interés por estudiar estas posibilidades. Un mundo interconectado y globalizante, donde la movilidad y la inmediatez se privilegian sobre todas las cosas, parece ir en contradicción de la creciente demanda de muros fronterizos.

Los imaginarios que rodean la idea de seguridad muchas veces se contradicen con los impulsos que definen nuestra condición en el mundo. Vivimos en una realidad compuesta por distintos tipos de células creadas bajo la certeza de que la seguridad aumenta mientras éstas son más cerradas. El concepto de frontera tradicionalmente se define como la línea divisoria entre dos Estados, hoy podemos decir que las fronteras aparecen en cualquier parte, de diversas maneras y escalas. Las ciudades contienen fronteras físicas, simbólicas o imaginarias, que a veces hacemos invisibles, las cruzamos o evitamos, sin darnos cuenta. Las grandes murallas urbanas venden una noción ingenua de seguridad mientras niegan la ciudad. Las vías rápidas crean fronteras que dividen drásticamente el tejido urbano a favor de esa movilidad e inmediatez.

Algunas fronteras se establecen para intentar controlar y proteger culturas, identidades, diversidades o especies en peligro. La máxima del respeto es comenzar por establecer límites. Los necesitamos para marcar diferencias en los acuerdos sociales, organizarnos administrativa y jurídicamente. Para definirnos a nosotros mismos y lograr, a partir del autoconocimiento, un intercambio cultural con el otro. Las fronteras también protegen identidades.

Etimológicamente la palabra frontera se conecta con la palabra fachada. Sin límites y muros no habría arquitectura, cada elemento arquitectónico

constituye una frontera de alguna u otra manera, incluso las altas bardas que esconden un misterio que buscaba Luis Barragán. La acción de trazar una línea es, desde su origen, un ejercicio de poder, y más allá de que esté bien o mal, es una realidad que hay que explorar desde la arquitectura, el urbanismo, el paisaje y el diseño, porque en estas disciplinas es una práctica habitual, e ignorar su carga política es ingenuo. Ninguna línea divisoria o muro es un ente ideológico neutro y, además, su significado se lee de forma distinta de cada lado. El muro de Berlín tuvo una poderosa carga cultural imaginada que acabó por legitimar el capitalismo; las simples líneas de la cartografía se convierten en discursos de poder que deciden sobre el territorio habitado. Los muros que configuran el espacio nos acompañan cotidianamente, sin embargo, cada muro, cada borde, cada límite tiene una carga simbólica que puede ser emancipadora o asfixiante.

En los territorios de frontera (geográficos, de conocimiento, de la mente) se generan y evidencian realidades duales o múltiples que, entre otras cosas, reflejan relaciones asimétricas de poder. En estos espacios fronterizos se posibilita la comprensión y producción de la identidad de cada uno de los territorios divididos, laten sus tensiones más profundas y oscuras, su realidad es a la vez mezcla de los dos y algo nuevo, indescifrable, desordenado, envuelto en una tensión compleja e intensa. Para conocer realmente un territorio, un concepto, un estado mental o un campo del conocimiento, se debe comenzar por explorar sus límites.

Identificar los tipos de fronteras que pueden existir es entender su sentido y definir cuáles son las que realmente necesitamos: pueden ser sólidas o porosas, abiertas y que posibiliten el intercambio ventajoso para ambas partes: como un espacio de relación con lo diverso. Lo que somos siempre se define en nuestro reflejo ante el otro.

Cristina López Uribe